

de la paz de 1815 se pudieron continuar las investigaciones con mayor seguridad. El capitán Felipe Parker King aumentó las noticias que se tenían de las costas australes entre los trópicos: Botwell encontró en 1820 las Sud-Orkneys, y Palmer y otros cazadores de focas vieron desde lejos las tierras que se denominaron Palmer y la Trinidad. Bougainville y Du Camper recorrieron en 1823 la Oceanía, igualmente que Arago, que la describió en sus *Viajes alrededor del mundo*; y los sabios que acompañaron estas expediciones, recogieron preciosísimos datos, de muchos de los cuales somos deudores al Italiano Rienzi, que nos presentó en el *Universo pintoresco* la historia y la descripción completa de aquellos países.

En 1819 el capitán Bellingshausen descubrió, con buques rusos, muchas islas nuevas, llegando hasta el 70° 30' de latitud, y entre ellas la isla de Pedro I, la más meridional que se conoce, y poco después la de Alejandro I, entre las cuales vió un mar que daba indicios de tierra. El ballenero inglés Weddell penetró en 1824 3° 5' en el círculo antártico, es decir, 214 millas más adentro que ningún otro viajero, y encontró deshelado el mar que llamó de Jorge IV, habiendo observado que la aguja perdía su fuerza, como sucedía en el polo ártico.

Pero bajo el polo ¿no existen realmente más que hielos, ó existe un continente? Los navegantes, aproximándose al Sur, advirtieron señales indudables de tierra, que tuvo bastante tiempo á la vista el capitán Biscoe en 1830, sin poder alcanzarla por causa de los vientos contrarios: el Americano Moirell en el mismo año y Kemp en el 33 confirmaron este hecho, y creyeron, que venciendo la primera barrera de hielo, se podría llegar á tierras antárticas. Aumentóse por tanto el afán de este descubrimiento, comisionando al efecto para intentarla, la Francia al capitán Dumont D'Urville, Inglaterra á Ross y á Wilkes los Estados Unidos.

Ya hemos hecho los debidos elogios del capitán Dumont D'Urville, que con el *astrolabio* (1826-28) exploró 400 leguas de costa en la Nueva Zelanda y los Archipiélagos de Viti, de Salomon, de la Luisiada y de Nueva Guinea, trayendo de estas regiones copiosas y variadas noticias y productos desconocidos. Enviado después en 1837 para comprobar los descubrimientos de Weddell, y asegurarse de si en el interior de una barrera de hielos formado á lo largo de las islas entre el 60° y el 70° de latitud existía un mar libre, por el cual hubiera aquel podido llegar hasta los 74° 15', se elevó á la mayor latitud austral que otro ninguno alcanzara; mas aunque milagrosamente pudo escapar de los hielos que le rodearon, consiguió, sin embargo, determinar la posición de algunas islas, no vistas hasta entonces, sino á gran distancia, y descubrió la tierra que denominó Adelia, á los 66° 30' de latitud Sur y 158° 21' de longitud oriental. El mismo día que esto sucedía, la veía también el Americano Pea-

cock; el cual la costeó por espacio de 1,700 millas. D'Urville, á quien los Ingleses querían quitar todo mérito, habría vuelto á adquirir nuevos datos, si en el agradable tránsito de Versalles á Paris no hubiera perecido víctima de una explosión en el camino de hierro. ¡Triste fin para quien había salido salvo de expediciones tan peligrosas y remotas (1)!

En el entretanto un buque ballenero enviado por la sociedad de comercio Enderby y compañía, al mando del capitán Juan Balleny, confirmaba con nuevos hechos, en 1839, la presunción fundada en los anteriores, si bien después de llegar hasta los 69°, se vió también detenido por los hielos. El Americano Wilkes aseguró haberse acercado á pocas millas de tierra, bajo los 67° 4' de latitud Sur, y 147° 30' de longitud oriental, á la cual dió el nombre de Continente Antártico; pero no pudo recoger más que piedras, único presente que ofrecían aquellos eternos hielos.

El 29 de setiembre de 1839 salió del Támesis el capitán Ross para hacer un nuevo viaje al polo austral con el *Erebo* y el *Terror*, dirigiendo su rumbo por Santa Elena con el fin de determinar el minimum de intensidad magnética en el globo, y llegó á la tierra más meridional que se hubiera hasta entonces alcanzado á los 70° 47' de latitud Sur y 174° 16' de longitud Este de Greenwich, avanzando después hasta los 78° 4' y 187° de longitud. Los hielos que se elevaban hasta la altura de 150 piés y se extendían por espacio de 300 millas le obligaron á suspender su curso, para emprenderle de nuevo al año próximo, después de haber navegado largo tiempo por donde Wilkes y los mapas americanos suponían existir tierra firme. Vuelto á su empresa en diciembre, vió otras islas y un golfo, y el 22 de febrero de 1843 pasó la línea en que la aguja se presenta invariable á 61° de latitud Sur y 24° de longitud Oeste, con una inclinación de 57° 40', por lo que se creyó poder asegurar que, mientras que en el Norte hay dos polos magnéticos verticales, solo existe uno en el hemisferio austral. La Inglaterra vió, pues, ondear su bandera en la mayor proximidad al polo, y el nombre de su reina se eternizará por la Tierra Victoria en cuyo extremo se halla situado el volcán Erebo (77° 32' de latitud Sur y 167° de longitud Este), como un faro natural que ha de servir de guía á las futuras osadías de los navegantes.

Al presente las islas de la Polinesia son frecuentadas principalmente para la pesca de las ballenas, para los cortes de sándalo y para el comercio de pieles de la costa Noroeste de América, porque los comerciantes tienen la costumbre de invernar y de hacer en ellas nuevas

(1) El *Voyage autour du monde publié sous la direction de M. Dumont D'Urville* (Paris, imp. de Furne) es una compilación que no tiene autenticidad alguna; una especie de viaje de Anacáris, en donde se atribuyen á un ser ideal los viajes de muchos. El nombre D'Urville no es más que una añagaza ó medio de llamar la atención, medio muy usado por los editores franceses.

provisiones, para volver á América por el estío con el fin de completar su viaje. Viendo que los naturales buscaban con afán las armas de fuego, llevaron gran porción de ellas á las islas para hacer el cambio de productos, sin calcular las consecuencias que esto podría producir, y el resultado ha sido que los isleños han llegado á hacerse formidables y capturado algunos buques, contrayendo hábitos de violencia, cuando son tan susceptibles de perfeccionamiento social.

La pesca de las focas, sin embargo, no siempre bastaba para cubrir los gastos de estas expediciones, y así es que los patrones de buques ingleses contratan con el gobierno el transporte y conducción á las colonias de los condenados y de los que á ellas emigran. Ahora dejan á los pescadores en cualquiera isla desierta, consignan á los deportados recibiendo el flete en letras contra Lóndres, y después de hacer algún tráfico con los isleños del Sur, vuelven á recoger sus abandonados pescadores, hacen rumbo para Canton, en donde venden las pieles, negocian allí sus créditos sobre Lóndres, y cargan mercancías de la China, con las que regresan á Europa (1).

(1) De las pieles que de América se dirigen á Lóndres para Europa, desde el 1° de setiembre de 1834 á 1835, hubo

Pieles de castores . . . . .	75,288
Ratones almizclados . . . . .	1,616,305
Nutrias . . . . .	16,388
Martas . . . . .	131,117
Mink (especie de nutria) . . . . .	192,371
Linee . . . . .	6,336
Zorros, color de plata . . . . .	731

Hoy día los viajes de circunnavegación merecen la reprobación de muchos, porque todo se ha descubierto ya, y solo pueden servir para hacer algunas observaciones astronómicas ó sobre el magnetismo terrestre ó la temperatura submarina; pero otros por el contrario los creen ventajosos, para que sea respetada la bandera de las diferentes potencias europeas, aun de las que no tienen colonias, en aquellas regiones bárbaras; pero desgraciadamente armadas, y que pronto llegarán á ser poderosos Estados. Desde esta época, los viajes científicos no fueron ya narraciones de aventuras, sino cúmulo de documentos para dar á conocer el mundo físico: los viajeros dirigieron sus investigaciones en el sentido conveniente á la ciencia, cuyos progresos deseaban, y de este modo se va completando la geografía de los seres vivientes, viéndose reflejar las especies y familias de un continente en las formas análogas del otro, las cuales se suplen mutuamente en la gran serie del organismo, analogías que también se encuentran en la naturaleza inanimada.

Zorros colorados . . . . .	46,011
— blancos . . . . .	2,314
— pardos . . . . .	17,539
Osos negros . . . . .	10,608
— morenos . . . . .	1,235
— pardos y blancos . . . . .	936
Ratones (osos más grandes que los zorros) . . . . .	497,506
Lobos . . . . .	15,422
Gulos . . . . .	1,174
Vesos . . . . .	5,938
Gatos salvajes . . . . .	8,074
Opossum . . . . .	26,374

## EPÍLOGO

Al contemplar los delirios y horrores que acompañaron á los descubrimientos, acaso habrá sentido el lector que aquellos países no hayan permanecido ignorados, pues que tantas desventuras debían sufrir y causar.

Esta fué también la opinión de muchos, ya en el mismo siglo en que aquellos se hicieron, cuando se atribuían todos los desastres que en los descubrimientos ocurrían á que estos tuvieran principio en un viernes, ya también en el anterior al nuestro, cuando se creían remediar los verdaderos desórdenes de la sociedad, exagerándolos hasta el punto de querer demostrar que la civilización es la causa de los infinitos males que la humanidad padece, la cual viviría feliz, si no hubiera salido del estado que llamaban de la naturaleza.

Y no escaseaban por cierto los argumentos para demostrar los daños de los descubrimientos. Confiada la empresa á la hez de la plebe europea, aventureros malhechores y soldados

mercenarios, proseguida con la más indiscreta codicia, necesariamente tenía que ir acompañada de infamias y exterminios; y en efecto, gentes tranquilas en su ignorancia fueron arrancadas á su antigua religión, á su familia misma, para ser juguete del capricho europeo, y asesinadas ó violentadas á sufrir trabajos excesivos que eran para ellas un tormento, y á aceptar dogmas superiores á su escasa inteligencia, y que se les imponían con sanguinaria intolerancia. La codicia, además, lo invadió todo sin asegurarse nada: si el oro aumenta, aumentan las necesidades; si el lujo crece, la moralidad se confunde, y al procurarse nuevos goces alterase y se pierde la salud.

Vino después el absurdo sistema seguido en las colonias. Eran las antiguas salidas que se daban al exceso de población de un reino, ó recompensas militares, y el que en ellas se establecía, no tenía participación en los derechos políticos de la metrópoli: en la ciudad media

llegaron á ser un paso que se diera hácia la libertad del trabajo; pero las que nuevamente se establecieron en la época descubridora rechazaron este progreso, y volvieron á la esclavitud personal antigua, al sistema que sacrifica las colonias al provecho solamente de la madre patria, y que tiene por único objeto el retribuir á los trabajadores con ménos de lo que merecen, el vender mas caro de lo justo, y el comprar al menor precio posible los artículos de comercio que producen. El que se habitúa á una idea excepcional no tarda en aplicarla tambien de un modo general, por mas absurda é inhumana que sea. Las colonias fueron, por esta causa, teatro de rapiñas, de injusticia, de tiranía, no solo para el Nuevo Mundo, sino tambien para el Antiguo, poniéndose trabas al comercio, y haciéndose depender sus leyes y reglamentos del interes solamente y de la conveniencia de la metrópoli. Fijando su atencion en las Molucas y Antillas, poseedoras privilegiadas de algunos productos las primeras, y depositarias las segundas de los frutos de Asia y África, que gentes extranjeras cultiváran, solo pensaron las metrópolis en coartar el tráfico á fin de que no sirviera mas que para su comodidad y lucro; egoísmo que fué obstáculo para el acrecentamiento de las colonias mismas, y que trajo consigo la necesidad de la esclavitud, y entonces, muertos ó expatriados los indígenas, sometidos á la mas fiera esclavitud en poder de conquistadores inhumanos, avarientos mercaderes é intolerantes apóstoles, fué necesario sustituirlos con Negros.

Gentes apartadas de su patria, sustraída á aquel saludable freno que impone la vista de los suyos, la proximidad de los sitios que nos vieron nacer, la voz, en fin, de los que nos educaron, fácilmente se dejan arrastrar á los excesos, con tanta mayor facilidad cuanto mayores son tambien las ocasiones de pecar. La multitud de naciones que se acogieron en el Archipiélago de las Antillas y en el Pacífico no pudo ménos de tener frecuentes choques, de donde nacieron guerras que complicaron la política, de tal modo que no fué ya paz, sino momentáneo armisticio, lo que hubo entre los pueblos comerciantes, mirándose con mutuo recelo las respectivas metrópolis y confundiendo los intereses políticos con los mercantiles.

¡Ah! ¿por qué no se sumergieron en su travesía las naves que conducian á Colon y á Díaz para terror y eterno ejemplo de quien osára todavía turbar el reposo de un mundo desconocido, ó separado del antiguo?

Diferente, sin embargo, será la opinion que se forme, si se consideran los hechos bajo diverso aspecto, y para ello apartemos, ante todo, esta errónea, aunque tradicional idea, de la felicidad que reina entre los salvajes, pues en vez de los idilios, en vez de la poética inocencia de la naturaleza, en vez de la sencillez patriarcal, solo se encuentra en ellos el feroz derecho del

mas fuerte, la esclavitud de la mujer, la opresion del débil, la codicia, la imprevisión, la antropofagia frecuentemente, y siempre la superstición, rodeada de terrores y de sangre que humea todavía.

Nadie, ciertamente, tratará de defender la conducta de los Europeos; pero nosotros quisieramos que se distinguiese entre el descubrimiento y la conquista, y que no se creyese que esta debió necesariamente acompañar á aquella. Si no hubiera sido por la locura del oro, no se habrían precipitado á América los Europeos, que tierras bastantes tenían, por cierto, en su patria. La intolerancia religiosa y filosófica que vemos ensangrentar á la Europa entera desde principios del siglo XV hasta mediados del XVII, inspiraba tambien á los primeros conquistadores de las dos Indias, y les hizo creer que aquella raza de salvajes idólatras era inferior á la suya, que no podia llamarse dueña de su suelo ni aun de sí misma, y que era obra meritoria el traerla al Cristianismo por cualquier medio que fuera. Si la intolerancia puramente era lo que movió á algunos á obrar de esta manera, intolerancia producida por solo la exaltacion de sus sentimientos, mezclábase aquella en otros y se combinaba con la mezquina idea de los intereses materiales y de los vicios de la sociedad: uníase, además, en los poderosos á la insaciable sed de riquezas, resultado de las necesidades creadas por la nueva política perturbadora, la cual hacia que tambien en el antiguo mundo se lanzasen unas naciones contra otras únicamente para despojarse de sus derechos y riquezas, y así es que ménos que los duros rasgos del carácter español debemos ver en las escenas de la conquista los frios cálculos de una ambición sin límites y de la mas recelosa prudencia, y los rigores que se creían justificados entonces, por la necesidad que se pretextaba de consolidar el edificio social.

Y ¿qué generacion se halla bajo este aspecto pura y sin pecado? No es ciertamente la nuestra, jactanciosa propaladora de doctrinas y de ideas de humanidad. Las poblaciones originarias de América sufrieron demasiado aquel estrago; pero compárense las que aun no fueron sometidas con las que la Europa posee hace tres siglos. Aquellas regiones se hallaban despobladas proporcionalmente á su extension: en los pueblos que se hallan situados frente al Asia, en que la civilizacion indígena habria podido desarrollarse mucho tiempo hacia, solo aparecian errantes tribus de cazadores, de modo que pudieron establecerse en ellos colonias mas extensas que las que jamas existieron en África ó en Asia, y que fácilmente prosperaron en terrenos tan favorables para los cereales de Europa. En donde vagaban los antropófagos, nacieron Franklin, Washington, Bolívar: allí mismo en donde no se sabia construir una tosca canoa, hizo Fulton correr el primer buque de vapor; al desnudo cazador, por último, sucedieron los pueblos agrícolas, á la rapiña el comercio, y á

la fuerza brutal el ejemplo de instituciones filantrópicas. La Europa, cual maestro á quien un discípulo supera, admiró la libertad establecida en el Misisipi y el Orinoco: vió á la república anglo-americana cuadruplicar su poblacion en medio siglo, y por medio de canales y vias férreas unir los rios que facilitan la comunicacion entre remotísimas tribus, física é insuperablemente separadas hasta entonces: Nueva York cuenta mas estudiantes que muchachos; academias de bellas artes y medicina se abren constantemente en esta ciudad y en Filadelfia y Boston: por do quiera, en una palabra, se fundan universidades, y lo que es aun mas importante, sociedades agrícolas y filantrópicas, y bancos y otras instituciones cuyo objeto es satisfacer la irresistible necesidad de accion, de instruccion, de perfeccionamiento.

Estos hechos, mas que todos los sofismas misantropicos, nos parecen á propósito para hacer estimar en su verdadero valor el descubrimiento del Nuevo Mundo, que aseguró la superioridad de la raza europea sobre todas las demas.

Á los gravísimos males que de las colonias vinieron, pueden tambien oponerse muchos efectos saludables: los progresos de la geografía y de la etnografía y el perfeccionamiento de la navegacion. El antiguo comercio era enteramente terrestre, y solamente se hacia por mar, como por incidencia para unir aquellos sitios que este separaba, y no deben atribuirse á los progresos del comercio los adelantos del arte de navegar. Muy activo era este en el Mediterráneo; pero solo se navegaba para dar extension y salida al comercio del continente y para el transporte de las mercancías de un lugar á otro, y como el viaje alrededor del África no habria bastado para producir el cambio, el comercio de las Indias hubiera seguido haciéndose todavía mucho tiempo en forma de cabotaje.

Solo desde el descubrimiento de la América se engrandeció el comercio marítimo, y desde entonces cambió el camino á Europa desde Oriente, que á excepcion de algunas variaciones parciales, habia sido siempre el mismo desde el establecimiento de las sociedades. El descubrimiento de Colon hubiera bastado para producir semejante mutacion aun cuando no se hubiera doblado el Cabo, puesto que no podia llegarse á aquel costeano, ni tampoco de isla en isla, de manera que á aquel grande hombre es á quien se debe la trasformacion del comercio en marítimo, de terrestre que antes era. Los puertos del Mediterráneo se empobrecieron cuando la Europa Occidental abrió los suyos á las naves que venian de ambas Indias, y el Océano fué desde entonces espacioso camino para las comunicaciones generales. Á la conclusion del siglo XVII solo se contaban en Europa 22,000 buques de transporte, de los que poseía 11,400 la Holanda, 2,500 Inglaterra, 1,300 Francia y 6,000 entre España, Italia, Dinamarca y Suecia, y todos pueden ver ahora el aumento que este número ha tenido.

Desde entonces se aumentaron en Europa los placeres, y el modo tambien de satisfacer á las necesidades, y hoy día, aun sin llamarnos ricos, podemos recrearnos en salones revestidos con las preciosas telas de Damasco y hollar con nuestras plantas las alfombras de Persia, envueltos en vestidos de la India, sorber en ricas porcelanas del Japon el té de la China y el café de la Moka y de la Martinica, endulzado con el azúcar de Virginia ó de la Habana, hacer mas apetitosos los manjares con las especias de las Molucas, y adornar nuestros jardines con las plantas y flores del Cabo y de Nueva Holanda. Por otra parte el algodón, el maíz y la patata vienen á remediar las necesidades del pobre, y puede decirse que este se halla hoy al abrigo de las terribles hambres que en otras épocas padeciera.

Los derechos impuestos sobre las mercancías extranjeras enriquecieron la hacienda de los gobiernos, al mismo tiempo que la trasformacion de los ejércitos y la centralizacion administrativa venian á exigir nuevos gastos y por consiguiente nuevos ingresos con que satisfacerlos: las industrias europeas tomaron un incremento desconocido para proveer de trajes y utensilios á tantas poblaciones que todavía se hallaban desnudas, para rivalizar con el lujo que veían en Oriente, y para aprovechar las primeras materias, las cuales, por otra parte, como que llegaban en mayor abundancia, y muchas nuevas, hacian que tambien aspirase el pueblo á las comodidades y á los atractivos de la vida, que solo se reserváran antes para los grandes señores.

La fundacion de los cafés, que fueron puntos de reunion para las gentes y congresos donde se tratan los negocios y la política, siendo causa de que se abandonáran los peligros é inconveniencias de las tabernas y hosterías, contribuyó indudablemente mucho á que se extendiera la cultura y la inteligencia; por otra parte, adquirió mayor y mas vasto poderío, cuando de repente vió duplicadas para ella las obras de la creacion, abierta la entrada á pueblos inexplorados, tantos errores desmentidos, tantas viejas preocupaciones desvanecidas, reveladas tantas verdades nuevas, y roto, finalmente, aquel estrecho círculo dentro del cual la razon se hallaba prisionera de la autoridad, pudiendo ya lanzar su vuelo á los inconmensurables espacios de la experiencia.

Entonces los fenómenos nuevos se quisieron examinar con desacostumbrada minuciosidad, empleándolos despues en comprobar los antiguos: se quisieron tambien conocer las causas y razones de todo ejercicio lógico que hizo perder la costumbre de jurar por la palabra del maestro: las inesperadas relaciones que se descubrieron produjeron combinaciones científicas, colocándose en las clases amplificadas todo lo que antes se llamaban monstruosidades y accidentes, y así pudieron perfeccionarse las ciencias, creándose otras nuevas; así brillaron los